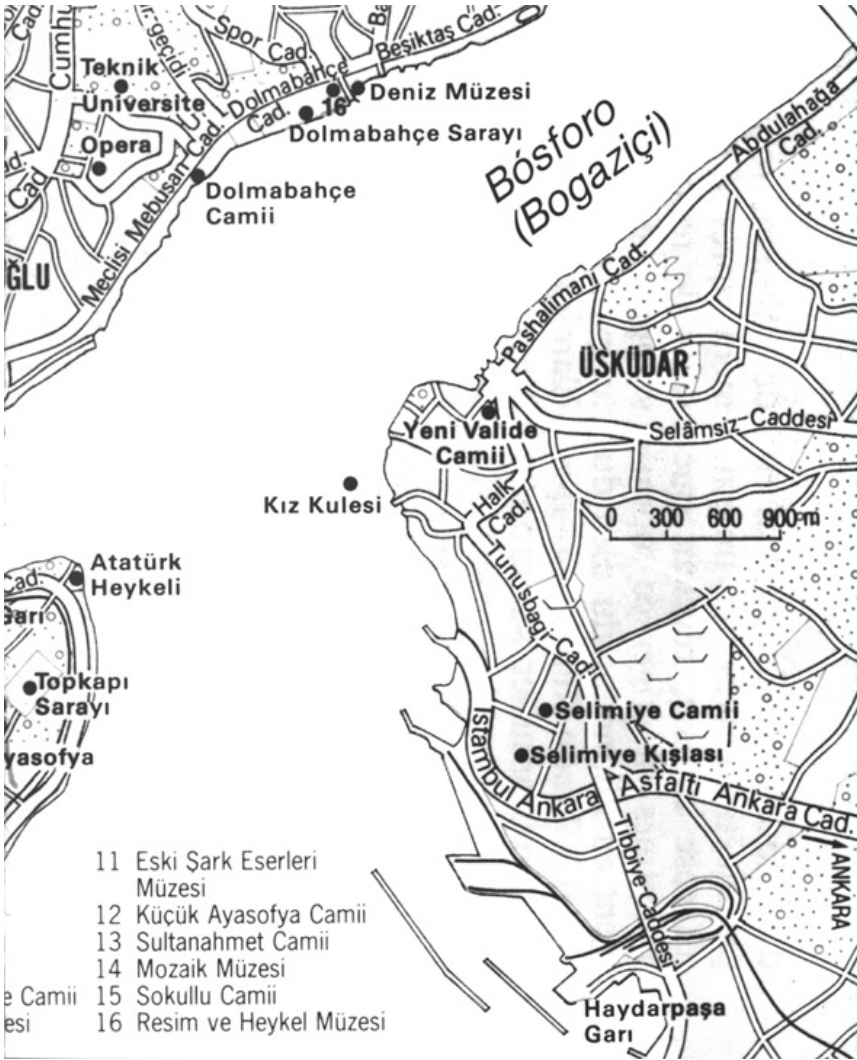


Estambul otomano
Juan Goytisolo



Crisol de civilizaciones y gozne geográfico entre Oriente y Occidente, Estambul es el auténtico corazón de Turquía, y la impronta del Imperio otomano, que se remansa a lo largo de los siglos XVI, XVII y XVIII, es su soberbio legado para la cultura universal, a cuya fascinada contemplación y vivencia han acudido y siguen acudiendo escritores y curiosos viajeros de todos los confines del mundo.

Juan Goytisolo abre en canal la sociedad del Estambul otomano —de sultanes a jenízaros—, apegada tenazmente a las tradiciones, igualitaria y móvil, y nos da a conocer sus creencias, tradiciones y costumbres, desde su profundo amor a la naturaleza hasta sus rituales de tránsito, desde el hammam hasta el mazarlik, pasando por el Gran Bazar y los caravanserrallos. Asistimos, pues, a la exaltación y reivindicación de una sociedad mucho más libre de lo que se nos ha hecho creer, y sin cuya versatilidad cultural y artística sería imposible entender la literatura y las artes occidentales.



Índice de contenido

Cubierta

Estambul otomano

Estambul: el texto urbano

Esplendor y caída de los otomanos

Esbozo de una sociedad

El fantasma del déspota

El espacio del deseo

¿Reclusión o libertinaje?

Una dama inglesa en el harén

Bardajes y travestidos

Los jenízaros

El islam otomano: califas y derviches

El sincretismo alegre de los «bektachís»

Las minorías religiosas

Negociantes europeos, judíos, esclavos

Elogio del turco

Ecología otomana

Los remeros del bósforo

El sistema gremial

Aguadores, barberos, músicos, luchadores...

El gran bazar

De bomberos e incendios

¿Realidad o espejismo?

Las noches de gálata

Las aguas dulces de europa

Paseantes y tumbas

Los alhamas

Cafes, Lokantalar, distracciones non sanctas

Balada de adiós

Cronología otomana

Cronología mundial

Bibliografía

Notas

ESTAMBUL: EL TEXTO URBANO

«¿Cómo escribir sobre Constantinopla si todo ha sido dicho?», se lamentaba, no sin razón, a mediados del siglo XIX, uno de los autores románticos adeptos al sistema de *l'éducation par le voyage*. La proliferación de relaciones tocante a la capital del Imperio otomano desde fines del siglo XV hasta la fecha en que la visitó nuestro escritor es desde luego impresionante. Una recopilación bibliográfica sobre el tema incluye nada menos que 901 libros publicados entre 1501 y 1551. Si abarcamos la totalidad del siglo XVI, la suma de tratados, diarios y opúsculos acerca de Turquía y el Islam otomano asciende a más de dos millares de títulos. Esta ingente masa de informes compone un formidable corpus textual dotado de vida autónoma, en el cual los libros se apoyan unos en otros, se alimentan unos a otros hasta formar un verdadero árbol genealógico literario cuyas hojas, brotes y ramas extraen su savia de un tronco integrado a menudo de informes dudosos, relatos de segunda mano, fantasías, leyendas, mitos. Así, desde mediados del siglo XVI aproximarse a Estambul significa ante todo embeberse en un corpus escrito. Como veremos más tarde, los hechos, anécdotas, presuntas observaciones, descripciones del interior del Topkapi Sarayi pasan sin grandes variaciones de texto en texto, como si sus autores, enfrentados al enigma de la gran ciudad e incapaces de domesticar su exotismo, renunciaran a sus impresiones personales inciertas para refugiarse en la certidumbre impresa que les procuraban los libros. En el célebre

Viaje de Turquía, atribuido sucesivamente a Cristóbal de Villalón, Andrés Laguna y Juan de Ulloa, los estudiosos señalan ya, junto a pasajes de agudeza admirable, otros tomados literalmente de Vicente Rocca, Menavino, Busbecq, Melons de Mans, etc. Desde la caída de Bizancio en 1453 en manos de los jenízaros de Mehmet II, el Imperio otomano se convirtió en un fantasma amenazador, cuyo poder iba a extenderse pronto desde el Oranesado a las puertas de Viena. Temido y odiado, pero respetado a causa de su fuerza y objeto también de una seducción secreta, el Gran Turco se adueñó de la imaginación del orbe cristiano, convocando como un imán sus repulsas, miedos, deseos. Como la Unión Soviética en la época de Stalin, atrajo a una pléyade de viajeros, curiosos, espías, diplomáticos, comerciantes que, a su regreso, escribían sus memorias y relatos para un público ansioso de novedad y emoción. La realidad importaba menos que la fidelidad a la imagen previa del adversario, la adaptación a las convenciones del género y leyes de verosimilitud. Las hazañas militares de los otomanos, su sistema político, fe religiosa, tolerancia, costumbres, fascinaban literalmente a los europeos: la topografía de Estambul era tan bien conocida por los lectores de 1600 como lo es hoy, gracias al cine, la de Nueva York o París. Pero los informes y testimonios de los visitantes reales o supuestos —llenos de elementos fantásticos transmitidos de generación en generación— pertenecen menos —como advirtió Maxime Rodinson refiriéndose a los escritos sobre el Islam y los árabes— a la historia del pensamiento occidental sobre los otomanos que «a la historia de la imaginación occidental» sobre el tema.

Durante cuatro siglos, los europeos desembarcarán en Constantinopla con su panoplia de clisés y estereotipos tocante al mundo *oriental*: curiosa mezcla de prejuicios acerca del despotismo otomano y fanatismo islámico con imágenes de *Las mil y una noches* traducidas por Galland. Lo que nos dirán los viajeros de 1800, por ejemplo, no

añade gran cosa a lo referido antes por Tavernier, Chardin, Lucas, Tournefort o Niebuhr: el espectro del déspota, el silencio que lo rodea, las intrigas del harén y crueldades de los jenízaros son *topoi* obligados que, aunque desmentidos por los hechos, mantienen de ordinario su estricta vigencia. La fabricación del Otro —moro, sarraceno o turco— responde a un conjunto de reglas conforme a las cuales la no coincidencia de costumbres y rasgos se transforma en diferencia de esencias y a la postre en radical e insalvable oposición. Mientras las vicisitudes de la historia europea provocan una corriente de simpatía hacia la tolerancia religiosa de los otomanos, la imagen del Gran Señor cruel, sanguinario, moviliza contra su arbitrariedad plumas y conciencias. En el *alma oriental* elaborada *ad usum*, fatalismo, indolencia, lascivia desempeñan un papel primordial. Los visitantes contraponen la capital del Imperio otomano y sus gentes con el retrato de ambos trazado por sus antecesores y rechazan desconfiadamente cuanto no encaja en éste. Estambul se reduce así a una mera colección de tópicos, y el turco, de estampas de color local. Como dirá un alma enamorada del pintoresquismo otomano, resumiendo candorosamente las descripciones de un linaje interminable de viajeros, «el oriental tiene la mirada reposada y profunda, la boca tranquila y seria; un inviolable misterio envuelve su alma», etc.

«Si —como dice Marrou— la historia “no se hace únicamente con textos, pero sobre todo gracias a ellos, en virtud de su precisión que nada puede reemplazar”, un género híbrido, como el que cultivan los verdaderos o falsos viajeros a Turquía y Oriente, crea el objeto de su narración a fuerza de engarzar con una sucesión infinita de referencias previas, al extremo de que podría decirse “al principio fue el texto” y no el modelo real. La lectura de algunas fuentes del *Viaje de Turquía* y docenas de obras posteriores a la de nuestro brumoso autor nos lleva en cualquier caso a la siguiente conclusión: la visión individual o

experiencia directa pesan muy poco frente al poder avasallador de la prueba escrita. La fidelidad a la verdad se mide en la exactitud de la copia: el turco real es el que figura en los libros».^[1]

ESPLENDOR Y CAÍDA DE LOS OTOMANOS

La máquina guerrera del Gran Turco, disciplina de sus ejércitos, buen funcionamiento de la Administración, riqueza y esplendor de los monumentos de Estambul y otras ciudades del Imperio en tiempos de Solimán el Magnífico eran objeto de envidia y admiración de todas las potencias europeas. Dicha situación de superioridad, pese a los primeros reveses militares —Lepanto, el asedio frustrado a Viena—, se mantuvo a lo largo del siglo XVII. Luego, paralelamente al declive del Imperio español, el poder otomano entra en una fase de lenta e irreversible decadencia. La serie extraordinaria de los diez primeros sultanes de la casa de Osmán, dice Jucherau de Saint Denis en su *Histoire de l'empire ottoman*, «fue reemplazada por un linaje bochornoso de príncipes que [...], atentos a los consejos de sus aduladores cortesanos y arrastrados por la desdichada influencia de su educación en el serrallo, creyeron que era más simple debilitar y corromper la milicia de los jenízaros que corregirse a sí mismos». Mientras los sultanes del siglo XVI llevaban personalmente los asuntos de Estado, intervenían en las cuestiones militares y administrativas, embellecían y agrandaban la capital, creaban una red de comunicaciones sin igual en Europa y se rodeaban de consejeros y estrategas eficaces, sus sucesores, con la excepción de Murat IV, fueron monarcas incompetentes y abúlicos que, dominados por sus madres, esposas o favoritos, abandonaron las riendas del gobierno en ma-

nos de personas corrompidas y dilapidaron sin vergüenza el erario público. Su autoridad moral se derrumbó y, como señalan los historiadores, el desgobierno se extendió desde la cúspide a la totalidad del Imperio. En el siglo XVII cuatro sultanes fueron depuestos o asesinados. De enero de 1644 a septiembre de 1656 hubo diecisiete gran visires, de los cuales únicamente uno falleció de muerte natural. En 1703 un motín destronó a Mustafá II y dio el poder a su hermano Ahmet III. En 1730, otro motín desbancó a éste en favor del hijo de Mustafá. La crueldad de estos cambios —la matanza frecuente de hermanos del nuevo sultán, el secuestro de príncipes en el interior del serrallo— contribuyó sin duda a crear una imagen distinta del régimen otomano, ese *monstrum horrendum, informe, ingens* que sirvió de espantajo a ilustrados y enciclopedistas.

¿Cómo explicarse tan rápida caída? Las causas son múltiples y se relacionan entre sí estrechamente, pese a que algunas obedecen a factores objetivos y otras a actitudes mentales de los otomanos o a vicios inherentes a su sistema de gobierno.

La llegada masiva de oro y demás metales preciosos del Nuevo Mundo afectó, como en España, los modos de producción tradicionales e introdujo grandes cambios en la economía. Con las rutas oceánicas abiertas por los españoles y portugueses hacia América, África, la India y el Lejano Oriente, el comercio mediterráneo perdió su posición privilegiada de intermediario entre Europa y el resto del mundo: se redujo a proporciones mucho más modestas. La navegación suplantó al transporte terrestre por caravanas y suministró nuevos mercados a Occidente. Hasta fines del siglo XVI, los otomanos exportaban al orbe cristiano sus cereales y tejidos; con el acceso al subcontinente asiático y orillas del Índico, Inglaterra, Francia y Holanda importan sus materias primas de Asia sin pasar por Turquía, las fabrican y venden a precios inferiores a los de los

otomanos: de importadores se transforman en exportadores y las relaciones comerciales con Constantinopla se invierten. En el siglo XVII, Europa acentúa su predominio económico: mientras los estados cristianos adoptan medidas proteccionistas, inundan el mercado del Oriente Próximo con sus propias mercancías amparados en un régimen de «capitulaciones» que otorgan a los súbditos de las potencias beneficiarias no sólo extraordinarias ventajas fiscales sino también un derecho de introducir sus productos sin límite alguno. A medida que decaiga el poder militar del Gran Turco, esos privilegios devendrán exorbitantes y obligarán a los sultanes a endeudarse con los banqueros y negociantes extranjeros. Si a ese desequilibrio creciente agregamos el estancamiento intelectual reinante desde mediados del siglo XVII —similar también al de España— y el deterioro —subrayado por Bernard Lewis— de los métodos de formación y promoción de funcionarios en el campo militar y administrativo, comprenderemos por qué el Estado más temido y admirado del orbe en tiempos de Solimán el Magnífico se transmutó en el espacio de dos siglos en paradigma de aberración política e imagen de *hombre enfermo*.

Semejante declive no habría sido posible si, junto a la incidencia de los factores externos que acabamos de señalar, no se hubieran sumado una actitud mental y unos prejuicios sociales favorables al mismo. Imbuidos en la idea de la superioridad del mundo musulmán sobre el cristiano transmitida por los árabes —idea forjada en los siglos de expansión de un Islam capaz de absorber y asimilar las viejas culturas de Oriente y la filosofía griega frente a una Europa sumida en la barbarie—, los otomanos no advirtieron a tiempo que sus adversarios se habían lanzado por el camino del cambio y los habían dejado muy atrás en el desenvolvimiento de la economía, la técnica, ciencias y artes. Su concepción ética se basaba en la escrupulosa fidelidad a los modelos tradicionales y excluía

así los valores de iniciativa e innovación en los que se fundan el progreso y desarrollo de las sociedades.

Como los cristianos viejos en la España tan finamente analizada por Américo Castro, los otomanos no admitían sino cuatro profesiones: administración estatal, ejército, religión y agricultura. Los restantes oficios eran juzgados indignos y los dejaban en manos de las minorías religiosas sometidas a ellos: ejercer el comercio, la banca, incluso ciertas profesiones intelectuales, implicaba un oprobio social del orden del que envolvió durante siglos en España primero a los menesteres propios de judíos y moriscos y luego de conversos. Cuando leemos los siguientes párrafos de Bernard Lewis, creemos repasar en verdad las lúcidas observaciones expuestas por Castro en *La realidad histórica de España* y *La edad conflictiva*:

«El estigma de inferioridad permaneció incluso después de que dicha especialización cesara. Se llegó al punto de despreciar el comercio y la finanza y a tener por sospechosos a quienes los practicaban: ahorro se confundía con avaricia y espíritu de empresa con rapacidad. Las profesiones más dignas de elogio eran servir a Dios y al Estado; las personas más estimadas, los ulemas, militares y funcionarios. Sólo ellos, según la escala tradicional de valores, abrazaban carreras nobles, honorables y merecedoras de respeto, aun si no siempre fueran remuneradoras. Los demás menesteres eran de viles obreros o negociantes ávidos. El trabajo manual, sobre todo, suscitaba menosprecio y la posesión de competencias profesionales, fuera de los gremios de artesanos, no procuraba prestigio ni estima. Todo ello perjudicó el desenvolvimiento de la ciencia y la tecnología, cuyo progreso depende a menudo de una mezcla de formación intelectual y destreza manual».[2]

Aunque, como veremos, los otomanos no compartieron el prejuicio hispano tocante a la *limpieza de sangre* que paralizó a la sociedad española por espacio de más

de tres siglos, su actitud mental respecto al comercio y la técnica y creencia infundada en una superioridad inamovible ocasionaron un anquilosamiento y retraso económico-cultural semejantes a los nuestros. Un paralelo entre ambos imperios a lo largo de los siglos XVI, XVII y XVIII sería desde luego tentador, pero nos distraería del tema en el que nos ocupamos. Así, nos contentaremos con señalar que, si bien los memorialistas e historiadores otomanos captaron el proceso de decadencia que vivían con la lucidez y patetismo de Cervantes o Quevedo, tampoco fueron capaces de pararlo ni hallarle remedio. Estambul siguió siendo la capital que fascinaba a los viajeros durante el reinado del gran Solimán; pero el impulso creador que la magnificó se detuvo: las grandes mezquitas debidas al genio de Sinán y sus coetáneos datan del siglo XVI. La única posterior a ellas, la Yeni Cami, edificada en el antiguo barrio judío de Eminönü, es una mera imitación de sus predecesoras y, como en el caso del templo barcelonés de la Sagrada Familia, sus promotores y mecenas tardaron más de sesenta años en concluirla.

ESBOZO DE UNA SOCIEDAD

Aunque los términos parezcan antagónicos, la sociedad otomana de los siglos XVI, XVII y XVIII fue simultáneamente igualitaria, móvil y tradicionalista.

El Islam primitivo, correspondiente al periodo de los cuatro «califas justos» sucesores de Mohammed, se oponía a los privilegios hereditarios, defendía un sistema de gobierno electivo, preconizaba una comunidad de fieles fundada en la virtud, el mérito y el valor. La profesión de fe musulmana iguala en efecto a los hombres a ojos de Dios, pero, como recuerda Lewis, mujeres y esclavos no gozan en ella de la misma plenitud de derechos. En cuanto a los *kafires* o infieles, su estatuto de *dhimmis* o protegidos en el ámbito de *Dar al Islam*, si los autoriza a practicar libremente su fe, los somete en cambio a ciertas incapacidades tanto jurídicas como sociales. Aunque con las dinastías Omeya y Abasida, el califato se contaminó con los defectos de las monarquías absolutas de Siria y Mesopotamia, la sociedad islámica mantuvo siempre una serie de elementos igualitarios que permitían a los hombres de origen modesto alcanzar situaciones de poder y riqueza inaccesibles a sus congéneres europeos hasta hace dos siglos. «Entre los cristianos —observa uno de los numerosos viajeros escritores que regularmente desembarcan en Estambul—, un hombre de cuna rica sin méritos no deja por ello de hacer fortuna; entre los turcos, un hombre de cuna humilde con méritos se las apaña para forjarse una situación envidiable».